

de todos los lazos que le tiende la seducción como sucede en la novela Pamela; y nos parece imposible y por tanto nada poético un ángel en forma de hombre, dotado por la naturaleza de todo cuanto los demás hombres han de adquirir en ardua lucha moral, y que no peca nunca, porque no se le presenta la ocasión, ni tiene motivo para ello como Grandison. Nosotro también leemos novelas hoy día para algo más que matar el tiempo, pero la instrucción que buscamos debemos encontrarla en la veracidad del cuadro, y no en las explicaciones desabridas y diluidas con que un profesor moralista sazona la narración novelesca. No hay duda que el mayor mérito de nuestras novelas modernas es fruto de la escuela de Richardson, y del deseo de imitar y exceder sus méritos evitando sus defectos.

El primer poeta grande que quedó cautivado por los escritos del autor inglés y que se sintió impulsado poderosamente a crear obras en prosa por este estilo, pero originales, fué justamente Rousseau, que era todavía amigo de Diderot cuando este dijo que no podía ser amigo suyo quien no lo fuese de Richardson; Diderot leyó y ponderó la novela *Pamela*, y dijo de la *Clarisa* que en ningún idioma se había escrito una obra que se aproximara á ella y mucho menos que la igualara. Ciertamente Rousseau aprendió de Richardson la forma literaria inventada por este último de la novela en cartas, y aunque nada dice sobre ello en sus *Confesiones*, podemos sin temor admitir que Richardson fué quien le enseñó el camino de pasar de la novela amorosa á la moral. Así se explica el cambio de dirección que se observa entre las primeras obras del poeta francés y las posteriores.

También se explica fácilmente por esta influencia de Richardson la causa que hizo á Rousseau añadir á las dos primeras partes de su novela amorosa, cuatro partes más, menos poéticas y menos exuberantes, que según dijimos vienen á ser una especie de expiación del autor y del lector que bajan de la embriaguez del amor al mundo moral del deber. Igualmente encuentra su explicación en la influencia del novelista inglés el título de *Nueva Eloísa* que Rousseau dió á su novela, la cual quiso fuera moral como las de Richardson, es decir, que sirviese para la educación de una generación nueva. El tema que trata en ella era nuevo también, original, apropiado á la sociedad francesa de su tiempo como ningún otro y saludable en alto grado por la misma razón. Los temas de Richardson eran las luchas de la inocencia contra la seducción, como en la *Pamela* y *Clarisa*, ó contra la pasión propia como en Miss Byron y Clementina de Porretta en la novela *Grandison*, mientras los temas de Rousseau eran la «santidad del matrimonio» y la «purificación de la mujer por la felicidad matrimonial y el amor de madre.»

El propósito de Rousseau cuando la gravedad del moralista recobró su dominio sobre el delirio del amor á la naturaleza y del amor erótico, se revela en la larga carta décimo-octava que hace escribir á su heroína en la tercera parte de su novela á su lejano amante. Julia había cedido á las súplicas, que su padre le hubo de hacer hasta de rodillas, para que aceptara por marido al hombre que le proponía. Después de una larga y cruel lucha interior, había consentido no en renunciar al amor de su juventud, sino solo en casarse con el hombre que en otro tiempo había salvado la vida de su padre, pero que á ella le era tan indiferente como la persona más extraña del mundo. El día de la boda, dice en su carta, «En el momento en que iba á jurar fidelidad eterna á otro hombre, te juré amor eterno en el interior de mi corazón, y así fuí conducida, víctima impura, al templo para ser sacrificada.» Esta distinción entre el amor y el matrimonio podía chocar en cualquier otro país que no fuese la Francia, donde

semejante distinción era cosa corriente en la alta sociedad, que hablaba frívolamente de un «sacramento del adulterio,» y donde hasta había quien pretendiera que debía prohibirse en nombre de la moral el mismo matrimonio, que había llegado á ser en aquella sociedad una carta blanca para la inmoralidad de los esposos. Julia prosigue en su carta, diciendo: «Al llegar á la iglesia se apoderó de mí una conmoción que jamás había experimentado. No puedo describir el espanto que sentí en la sencilla y augusta nave, inundada de la majestad de Aquel que allí se adora. Un estremecimiento súbito recorrió todo mi cuerpo, y temblando, y á punto de desmayarme, me arrastré con trabajo hasta el pie del púlpito. Durante la ceremonia se aumentó mi turbación en vez de disminuir, y si me permitió hacerme cargo de lo que pasaba al rededor de mí, solo fué para hacer mayor mi espanto. La semi-oscuridad que reinaba en el interior del edificio, el silencio profundo de la gente, su recogimiento y su actitud devota, la larga hilera de mis parientes, el aspecto imponente de mi venerable padre, todo esto prestó al acto una gran solemnidad, que despertó en mí una devoción y un respeto tan grandes, que me estremecí de horror al mas leve pensamiento de perjurio. Creí ver el brazo de la Providencia, y oír la voz de Dios cuando el sacerdote pronunció con grave acento las palabras sagradas. Las frases de la Sagrada Escritura que se refieren á la pureza y santidad del matrimonio, á sus obligaciones castas y sublimes, tan indispensables á la felicidad, orden, paz y porvenir de la humanidad, y cuyo cumplimiento es tan dulce en sí; todo esto me impresionó tanto que me pareció sentir en mí interior una transformación súbita. Un poder desconocido intervino para curarme de un golpe de deseos impuros, y poner mi inclinación en armonía con lo que prescriben el deber y la naturaleza. Dios eterno que todo lo ve, me dije á mí misma en aquellos momentos, lee ahora en el fondo de mi corazón y compara mi intención oculta con lo que dice mi boca; el cielo y la tierra son testigos del deber sagrado que acepto, y también serán testigos de la fidelidad con que lo cumplo. ¿Qué deber, qué derecho respetará la persona que se atreva á violar el primero de todos?»

»Una mirada que dirigí casualmente al señor de Orbe y á su esposa que sentados uno junto al otro me miraban conmovidos me impresionó mas profundamente que todo. ¡Pareja virtuosa y amable! ¿Vivís acaso menos unidos, porque habeis gozado menos amor? Os unen el deber y la rectitud; sois amigos cariñosos, esposos fieles; no consume vuestra alma el fuego del amor, os amais con el sentimiento puro y dulce que nutre el alma que se deja gobernar por la razón y escucha los consejos de la sabiduría, con lo cual queda mas firmemente cimentada vuestra dicha. ¡Ah, si yo pudiese recobrar la inocencia con una unión como la vuestra, y alcanzar la dicha que gozáis! Si no la merezco como vosotros, me haré digna de ella tomándoos por modelo.

»Estas reflexiones hicieron renacer en mí la esperanza y el valor. Consideré el lazo sagrado que iba á contraer como un nuevo estado destinado á purificar mi alma y á dirigirme por la senda del deber. Cuando el sacerdote me preguntó si quería jurar obediencia y fidelidad al hombre á quien tomaba por esposo, lo prometieron de consuno mi boca y mi corazón, y cumpliré mi promesa hasta la muerte.»

La manera cómo cumplió Julia esta promesa; cómo recobró la paz del alma con la paz doméstica en medio de una naturaleza idílica; cómo su amante Saint-Preux á su vuelta la encontró madre feliz y transformada; cómo se dedicó desde aquel momento á transformar también á su amante; cómo se arrojó al agua para salvar á uno de sus hijos que estaba á punto de ahogarse, y cómo murió á consecuencia de esto,

fiel á su deber hasta el último aliento,.... forma el contenido verdadero de la obra voluminosa titulada la «Nueva Eloísa,» y de la cual son solamente una introducción los capítulos que la han hecho célebre.

En el segundo prefacio de esta novela dice Rousseau que para mejorar las costumbres públicas de una nación es menester retroceder á su origen y base; es menester principiar por las costumbres domésticas, y estas dependen pura y simplemente del padre y de la madre. La rehabilitación del matrimonio, y sus derechos sagrados, fué pues el objeto de su primera novela; el de la segunda fué la reforma de la educación. El título de esta novela es *Emilio ó la educación*.

Como obra de arte y de prosa poética, es inferior esta novela á la primera en cuanto á la forma; pero en cuanto al fondo se presenta en ella el autor como poeta y como hombre de mirada profética. Lo mejor de esta obra no es fruto de su propia experiencia práctica, ó sea fruto del hombre; son cosas que solo vió el poeta en la sociedad que le rodeaba; son cosas que descubrió su genio profético en la experiencia de los demás. ¿Qué podía conocer de las bendiciones del matrimonio, y de la comunión espiritual que engendra, el hombre que vivía amancebado con una mujer por todos los conceptos inmensamente inferior á él? ¿Qué podía decir de educación de la infancia por su propia experiencia el padre que enviaba á sus hijos á la inclusa sin señal distintiva para reconocerlos algún día, y que de consiguiente jamás podía saber lo que había sido de ellos? Y sin embargo, este fué el hombre destinado por la Providencia para anunciar como anunció en conmovedor lenguaje la nueva ley á una generación que para gozar de la vida material ponía su fortuna á renta vitalicia, desheredando así á sus hijos después de haberles destruido su porvenir descuidando su educación. Este fué el hombre que recordó á su generación el precepto: ¡Amad á vuestros hijos, dadles lo mejor que tengais, haced por ellos todo lo que podais; y apenas habeis hecho lo que se merecen!

La enseñanza es hoy entre nosotros un arte, y la educación una ciencia; la civilización moderna considera el cultivo y perfeccionamiento de ambas, y la humanización de nuestra sociedad como su misión mas elevada. Todo esto es consecuencia de un descubrimiento único, que está transformando el mundo, y el descubridor fué Rousseau, que por caminos jamás trillados por hombre alguno supo encontrar en el intrincado laberinto de una falsa civilización la inapreciable joya del alma del niño, y saludó el hallazgo con un grito de júbilo que encontró eco entusiasta en millones de corazones. Como todos los grandes descubrimientos este no estuvo exento de multitud de errores y exageraciones durante su primer período; pero debajo de la capa exterior la verdad que encerraba era incontrovertible, y ha prevalecido sobre todas las imperfecciones y manchas exteriores que empañaban su brillo.

Veamos ahora qué sociedad era y qué ideas tenía la que recibió primero este nuevo Evangelio. «Que las madres, dice Rousseau en la primera parte de su *Emilio*, se dignen amantarse por sí mismas á sus hijos; entonces se mejorarán las costumbres por sí solas; se despertarán los sentimientos de la naturaleza en todos los corazones, y el país se repoblará. El atractivo de la vida doméstica es el mejor antidoto contra las malas costumbres; los cuidados que exigen los hijos, y que ahora parecen tan molestos, se transformarían en delicias; ellos hacen al padre y á la madre indispensables el uno para el otro y les obligan recíprocamente á apreciarse mas, y estrechan el lazo matrimonial con mas fuerza. Cuando la familia goza de salud, los cuidados domésticos forman la ocupación favorita de la mujer, y la satisfacción mas dulce

del marido; de manera que solamente con la supresión del abuso de confiar á gente extraña la lactancia de los niños, se efectuaría una reforma general y la naturaleza recobraría sus derechos. ¡Vuelvan las mujeres á ser madres, y los hombres volverán á ser padres y esposos!»

Las sonrisas y lágrimas, las penas y alegrías de los niños, todo ese mundo de sucesos simbólicos en los cuales los padres, los maestros y tutores aprenden sin cesar, sin concluir jamás el aprendizaje; todo lo trata Rousseau en su novela con elocuencia arrebatadora, de un modo nuevo, instructivo é interesante hasta cuando habla de las cosas mas vulgares, hasta cuando se expresa sin convicción propia, ó cuando está completamente en el error. ¿Qué persona sería capaz de resistir cuando Rousseau exclama: «Amad á la infancia; fomentad sus juegos, sus alegrías, su instinto amable? ¿Quién de vosotros no ha deseado volver á aquella edad en que la sonrisa está siempre en los labios y la paz en el alma? ¿Por qué robar á estos inocentes pequeñuelos esas horas de felicidad tan fugaces, y ese inapreciable bien de que no pueden abusar? ¿Por qué llenar de penas y disgustos esa edad que tan rápidamente pasa para no volver, y que los padres tampoco son capaces de compensar después? ¿Conocéis los que teneis hijos, el momento en que la muerte acaso se los lleve? Evitad el arrepentimiento de haberles robado los momentos de vida que la naturaleza les concede; y tan pronto como los veais capaces de sentir la alegría de la vida, dejad que la gocen, y procurad que cuando á Dios plazca llamarlos, no mueran sin haberla disfrutado.» Rousseau despertó el amor á la infancia y el entusiasmo por cuidar y formar los corazones de los niños; y su espíritu vive en el apostolado de Pestalozzi, en los jardines de los párvulos, en los gimnasios y en todo cuanto tiende á libertar de trabas anti-naturales y á hacer naturales y salutíferas la instrucción y la educación de nuestros hijos de ambos sexos. Obra de Rousseau es, y la mas grande y original, el idealismo entusiasta que desde él reina en el campo de la educación; y esto es lo que le distingue radicalmente de Juan Locke su predecesor al cual se refiere á menudo. El realismo enjuto y prosaico de Locke, que reina en su libro *Sobre la educación*, no ha tenido influencia ninguna en el público á pesar de haber descubierto muchas verdades fecundas, porque solo á los idealistas y no á las almas prácticas y razonadoras es dado conmover al mundo y arrastrarlo tras sí. Considerado en su conjunto y por el efecto que ha producido, jamás puede ensalzarse bastante el mérito del *Emilio* de Rousseau; y dicho esto, no lo menguaremos si pasamos ahora á manifestar los defectos de la obra, tan dualista y contradictoria como el carácter y genio de su autor. Este amor á la infancia, y la idea de resguardar todo el tiempo posible el paraíso de su dicha inocente contra el áspero ejercicio de la vida, condujo á Rousseau á un sistema de educación cuyo carácter peligroso no se oculta hoy á nadie. Este sistema se reduce á que se instruya el niño jugando, y no se le enseñe mas de lo que pueda aprender de esta manera. El deseo entusiasta de implantar en el corazón del niño el germen del carácter varonil y de hombre libre y la firme resolución de no aumentar en las generaciones venideras el número de almas serviles de que estaba llena su época, llevó á Rousseau á un sistema de educación cuyo primer principio es el siguiente: «Queden borrados del vocabulario del niño los vocablos: *obedecer, mandar*, y mas todavía los de *deber, obligación*.» Finalmente, la idea acertada de que «solo en un cuerpo sano puede vivir un espíritu sano», y de que para desarrollar el cuerpo debidamente debe evitarse todo trabajo mental excesivo y prematuro de los niños, conduce á Rousseau á establecer los siguientes preceptos: «Tened el alma de los